

Michael Allan Gillespie (2008), *The Theological Origins of Modernity* (*Los orígenes teológicos de la modernidad*).

University of Chicago Press, 368 páginas

Michael Allan Gillespie, nacido el 24 de junio de 1951, es filósofo y profesor estadounidense. Enseña ciencias políticas y filosofía en la Universidad de Duke y se ha especializado en la relación entre religión y política, mostrando cómo la modernidad es deudora del cristianismo. Asimismo, ha publicado sobre teología, liberalismo, Nietzsche, Hegel, Heidegger y Kant. En el libro *Los orígenes teológicos de la modernidad* (The University of Chicago Press, 2008), Gillespie sugiere que, en el fondo, la modernidad parte de una ruptura en su esencia. Esta ruptura no surge de diferencias científicas ni políticas, como podríamos pensar, sino teológicas. Este es el argumento que Gillespie intenta desarrollar y lo consigue con bastante eficacia llevándonos por unas lecciones de historia leídas bajo la luz de las disputas teológicas del momento. Comienza su libro introduciéndose en cómo percibimos la modernidad hoy en día y nos recuerda que algunos eventos recientes han puesto en tela de juicio el proyecto de la modernidad y, para solucionar las discusiones actuales, hemos de profundizar en su esencia y en sus orígenes.

La sabiduría convencional nos dice que la modernidad es un reino secular en el que el hombre toma el lugar de Dios como el centro de la existencia e intenta convertirse en señor de la naturaleza a través de la aplicación de la nueva ciencia y la tecnología. Sin embargo, explica Gillespie que esta oposición a la religión no es originaria ni está en la esencia de la modernidad. La modernidad ha tenido siempre enfrentamientos con algunas formas de doctrinas y prácticas religiosas, pero estos enfrentamientos no significan en ningún caso que la modernidad haya rechazado la religión como tal, al menos en sus orígenes. A lo largo del libro, Gillespie intentará mostrar cómo desde los principios de la modernidad se buscó apoyar y desarrollar una nueva forma de religión, no eliminarla.

En el primer capítulo, Gillespie nos lleva hasta el siglo XII, momento en el que él presume que realmente comenzó la modernidad. Modernidad que solo llegó a obtener la autoconciencia hasta el siglo XVI y XVII, pero que, en realidad, era ya el efecto de los esfuerzos de muchas personas en diferentes contextos. Describe cómo algunas de las ideas de los comienzos de la modernidad provienen de una disputa puramente teológico-metafísica: el problema de los universales. Las respuestas que a este problema dio Ockham no tuvieron quizás tanto éxito en la teología de la Iglesia católica, sin embargo, moldearon las ideas de los pensadores que fundaron la modernidad.

Luego, Gillespie se adentra en la biografía de Petrarca y en su influencia en crear un hombre completo y virtuoso, por primera vez se concebiría al hombre como autosuficiente. Petrarca, nacido en un momento tumultuoso en el que

la política y la Iglesia peleaban continuamente por el poder, decide buscar la estabilidad fuera de Dios y de la ciudad y del cosmos, para encontrarla en sí mismo. Este ideal inspiró el movimiento humanista, centrado en el individuo que era ajeno al mundo antiguo. El humanismo tomó del nominalismo su devoción por el individuo. Su intento, aunque incompleto, inspiró a muchos a seguir su camino y aquí es cuando Gillespie nos introduce al tercer capítulo: una investigación del humanismo y el triunfo del hombre.

El proyecto humanista se convierte en una atractiva propuesta para una sociedad que, poco a poco, se adentraba en la secularización, como un posible cimiento para la vida política y moral. Acaba introduciéndonos a Erasmo de Rotterdam, humanista comprometido con una religión de conversión interior, pacifismo e ideales morales. Para Erasmo, las obras del hombre eran la clave de su salvación, hasta el punto de que la fe y las Escrituras parecían superfluas. En el cuarto capítulo nos muestra cómo Lutero se engarza en una discusión por la misma pregunta teológica que preocupaba a Erasmo. Responde en un intento de renovar el mensaje central de la cristiandad para así resolver el problema que el Dios nominalista había creado: el hombre no puede nada, Dios a través de la gracia es el único que puede salvarnos. En este punto, el autor ha presentado ya los argumentos que defienden su tesis principal: la modernidad, como la conocemos hoy, nació de un conflicto religioso. Por ello, en las siguientes páginas, Gillespie se pregunta: ¿cuál era el verdadero conflicto de Lutero con el humanismo? A pesar de sus similitudes en su posición contra el nominalismo, Erasmo y Lutero no podían conciliar sus pensamientos. Gillespie pasa a introducirse en el pensamiento y vida de René Descartes. Descartes se apoya en su filosofía y en la capacidad del hombre de convertirse en poseedor de la naturaleza al comprenderla y manipularla con la ciencia para defenderse del Dios temible del nominalismo. De la misma manera, en el siguiente capítulo Gillespie nos mostrará cómo Hobbes busca defenderse también de esta inestabilidad e inseguridad que el Dios ajeno y voluntarioso del nominalismo representa y se refugia nuevamente en la capacidad humana para crear un mundo seguro, donde ni el Dios voluntarioso ni él mismo pudieran hacerle daño.

En el último capítulo, el autor hace referencia a las primeras grietas en el proyecto: nos ejemplifica algunas de las críticas importantes a la modernidad, que sin embargo continuó ampliando la imaginación de los intelectuales europeos. Las críticas a la modernidad por parte de Rousseau o Hume, aunque fueron escuchadas, no detuvieron el proyecto, sino solamente sirvió para afianzar la defensa del proyecto moderno: la razón humana podría traer orden a la vida humana si se le permitía. Nuevamente, recuerda Gillespie que ya sea entre Lutero y Erasmo o entre Hobbes y Descartes, en el corazón de la modernidad hay una ruptura, una antinomia de irreconciliables posturas ante una pregunta profunda, la pregunta por la relación entre el hombre y Dios que plantea el nominalismo. Con esto concluye Gillespie la obra, con la advertencia de que

RESEÑAS

solo comprendiendo nuestra propia tradición podremos llegar a transformar el conflicto cultural actual en un encuentro que nos lleve a ofrecer mejores respuestas a las grandes preguntas que como hombres nos atañen. «*Thus, only by coming to terms with our own tradition can we hope to transform the current clash of our two cultures into a more productive, although undoubtedly at times still painful, encounter of beliefs and ideas*», concluye.

Carmen Camey

Universidad del Istmo
carmencameym@gmail.com